

Segundo Domingo de Adviento

RECURSOS ORANTES DE ADVIENTO

para vivir la espiritualidad sinodal (2025)



P. Rafael González Ponce, MCCJ (MÉXICO)



Equipo Continental de recepción del Sínodo en América Latina y el Caribe

Comisión de Espiritualidad

Redacción

Hna. Daniela Cannavina, HCMR (Argentina)
Hna. Cleusa Alves Da Silva, IFAS (Brasil)
P. Rafael González Ponce, MCCJ (México)
Rosa Ramos (Uruguay)
Hna. Liliana Franco, ODN (Colombia)
Hna. Birgit Weiler (Perú)

Edición

Ángel Morillo

Diseño y diagramación

Milton Ruiz

Realización

Centro para la Comunicación del Consejo Episcopal Latinoamericano y Caribeño (Celam)



INTRODUCCIÓN*

Hemos iniciado el tiempo litúrgico de Adviento. Es un tiempo para prepararnos y celebrar dignamente la primera llegada de Jesús al mundo, su nacimiento en Belén. Los textos bíblicos del Adviento nos piden también tener presente la dimensión escatológica, es decir, la segunda llegada de Jesús al final de los tiempos cuando por la acción de Dios su reino será establecido en plenitud. El Adviento es un tiempo que nos invita a fortalecer nuestra esperanza en el Señor y a ejercitarnos más en vivir con un corazón atento, lleno de amor por el Señor y sus llegadas. Éstas incluyen sus llegadas “silenciosas” a nuestras vidas cotidianas que sólo pueden ser percibidas con una atención vigilante y cariñosa. Como tiempo de preparación, el Adviento es también un tiempo de reflexión, contemplación y de conversión, de metanoia en el sentido bíblico que significa un cambio profundo de mente y corazón. El tiempo de Adviento nos pide disponer nuestro corazón a una conversión integral para verdaderamente “preparar el camino del Señor” (Lc. 3,4).

Como Iglesia, Pueblo de Dios en camino, vivimos este Adviento en la fase importante de implementar el Sínodo de la Sinodalidad en nuestras Iglesias locales para que genere el fruto deseado. Como nos lo recuerda el Documento Final del Sínodo de la Sinodalidad (en adelante: DF) nos recuerda que en este camino el Espíritu nos llama a “la conversión de las relaciones” (DF. Parte II), de “los procesos” (DF. Parte III) y de “los vínculos” (DF. Parte IV), de “los sentimientos, las imágenes y los pensamientos que



habitan nuestros corazones” así como a la conversión de la acción pastoral y misionera” (DF. 11). El llamado a la conversión en el Adviento nos pide disponer nuestro corazón a perdonar y a pedir perdón, a escuchar a nuestros hermanos y hermanas con apertura y sin prejuicios, también cuando manifiestan modos de pensar y puntos de vista que difieren de los nuestros, a apreciar y acoger “con gratitud y humildad la variedad de dones” (DF. 43) otorgados por el Espíritu a todos los miembros del Pueblo de Dios para el bien de la Iglesia toda y su misión en el mundo; a generar relaciones de un discipulado de Jesús practicado en condiciones de igual dignidad y reciprocidad entre varones y mujeres, relaciones libres de “ambiciones, deseos de dominio o control”, cultivando los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús (DF. 43). Él manifestó en su persona la predilección de Dios por los pobres al compartir su vida y revelar la especial compasión y ternura de Dios hacia ellos y al liberarlos de lo que les esclaviza y hiere su dignidad (ver *Dilexi te*, n. 18). Mantengamos viva la memoria de que, en fidelidad a Jesucristo, la Iglesia está llamada a caminar “pobre con los pobres”; en ella los pobres, varones y mujeres, deben tener “un sitio privilegiado” (DF. 21).

En nuestro camino personal y eclesial de conversión espiritual en clave sinodal, nos pueden inspirar los tres verbos movilizadores, propuestos por el papa Francisco en su homilía en la eucaristía al iniciar el camino sinodal de toda la Iglesia (10 de octubre de 2021): “Encontrar, escuchar, discernir”. Su significado no ha perdido actualidad en la fase de implementación sinodal. En su homilía Francisco nos pide que seamos cada vez más “expertos en el arte del encuentro”. Eso implica “tomarnos tiempo para estar con el Señor y favorecer el encuentro entre nosotros”. Dar en medio los labores y ajetreeos de nuestra vida diaria un espacio al silencio interior, a la contemplación y oración, a lo que el Espíritu quiere decir a cada uno, cada una y a toda la Iglesia; un espacio “para enfocar en el rostro y la palabra del otro, encontrarnos cara a cara, dejarnos alcanzar por las preguntas de las hermanas y hermanos” (Homilía de Francisco).

Un auténtico encuentro requiere de la escucha, de la cual nace. Se da cuando escuchamos con el corazón a la otra persona; entonces, ella “se siente acogida, no juzgada, libre para contar la propia experiencia de vida y el propio camino espiritual”. La Iglesia crece en sinodalidad cuando todos sus miembros, a nivel personal y en comunión, con la ayuda del Espíritu se disponen a escuchar la Palabra de Dios junto a las palabras de los demás, sus hermanos y hermanas en la fe. Eso incluye “la escucha del mundo, de los desafíos y los cambios que nos pone delante” (Francisco) y la escucha del “clamor de la tierra como el clamor de los pobres” (LS. 49), dejándonos afectar por lo que escuchamos para responder a estos clamores con acciones inspiradas por la compasión, misericordia, solidaridad y el deseo de cuidar la vida.

Como el Sínodo, también su implementación tiene que caracterizarse por ser un

camino de discernimiento. El adviento es un tiempo propicio para ejercitarnos más en la práctica de discernir y, por ello, de la conversación en el Espíritu que en los procesos sinodales ha generado mucho fruto y ha puesto de manifiesto su dinamismo transformador en numerosas personas. A la vez, nos ayuda a poner en práctica y valorar el “sentido de fe” del Pueblo de Dios.

La práctica perseverante de estos tres verbos nos lleva a preparar juntos la llegada del Señor a este mundo muy herido y en gran necesidad de reconciliación, justicia en todas sus dimensiones y paz en el sentido integral del *shalom* bíblico que abarca todas las áreas de nuestra vida y toda la creación. Así, a través de nuestro proceso personal y en comunión contribuiremos a ser cada vez más una Iglesia auténticamente sinodal y, por ende, una Iglesia comunión, participación y misión, una Iglesia de escucha, de la cercanía, compasión y ternura, una Iglesia hogar y familia para todos y todas.

En este camino, los siguientes materiales para cada domingo de adviento quieren ser una ayuda. Consisten en: una oración de inicio, el texto bíblico y una reflexión de la Palabra, una iluminación desde el tiempo de una Iglesia sinodal, algunas preguntas para la interiorización, una oración final y la invitación a realizar un gesto sinodal. Estos materiales espirituales nos acompañan a lo largo del Adviento para apoyarnos en nuestros esfuerzos de preparar el camino para la llegada del Señor y para que nuestra Iglesia sea cada vez más sinodal, una Iglesia en el Espíritu de Jesús.

Hna. Birgit Weiler



¡IGLESIA PROFÉTICA CON ROSTRO SINODAL!

Dispongamos el corazón y la mente para vivir este momento de oración. Pidamos confiadamente al Espíritu Santo que fortalezca nuestra vocación profética como discípulos y discípulas de Jesucristo en las realidades del mundo de hoy.

Espíritu Santo, inspíranos, para que pensemos santamente.

Espíritu Santo, actúa en nosotros, para que obremos santamente.

Espíritu Santo, atráenos, para que sólo amemos lo que es santo.

Espíritu Santo, fortalécenos, para que defendamos las cosas santas.

Espíritu Santo, ayúdanos, para ser siempre santos.

(Atribuido a San Agustín de Hipona)

LECTURA BÍBLICA

En aquellos días se presentó Juan el Bautista proclamando en el desierto de Judea: «¡Conviértanse, porque está llegando el Reino de los cielos!». Él es de quien hablaba el profeta Isaías cuando dijo: Una voz grita en el desierto: preparen el camino del Señor, enderecen sus senderos. Juan vestía un manto hecho con pelos de camello y un cinturón de cuero atado a su cintura, y su comida eran saltamontes y miel del campo. La gente de Jerusalén, de toda Judea y de toda la región del Jordán acudía a él para ser bautizados en el río Jordán, reconociendo públicamente sus pecados. Pero al ver que muchos fariseos y saduceos llegaban para ser bautizados por él, les dijo: «Raza de víboras, ¿quién les enseñó a huir del inminente castigo divino? Den fruto que demuestre la conversión, y no piensen que basta con decir en su interior: "Tenemos por padre a Abrahán", porque yo les aseguro que de estas piedras Dios puede sacar hijos de Abrahán. El hacha ya está puesta a la raíz de los árboles: ¡todo árbol que no produce buen fruto será cortado y arrojado al fuego [...]»

(Mt. 3,1-12).

REFLEXIÓN DE LA PALABRA



La misión de Juan el Bautista tuvo una relevancia histórica de primera magnitud. El pueblo de Israel estaba sumergido en una tremenda crisis social, política, económica, cultural y religiosa; en ese contexto, Juan – “más que un profeta” (Lc. 7,26-28) – supo remar contra corriente para recuperar la identidad profunda del pueblo elegido.

¿Cuál va a ser su tarea? Preparar la pronta manifestación del Mesías a través de una purificación y una renovación capaces de abrir los corazones a una insospechada esperanza. Ya no valen las componendas, ni siquiera el recurso de “ser hijos de Abrahán”. Su denuncia profética apunta a una radical salvación, por ende exige a los que escuchan su anuncio una respuesta incondicional y un compromiso sin falsedades. Su misión es ser “hacha” afilada que divide la verdad de la mentira en vista a una liberación integral.

¿Cuál es su propuesta? Juan es bastante claro: volver a los orígenes de Israel. Rehacer la experiencia del desierto, para enseguida cruzar el río Jordán, e ingresar de nuevo a la Tierra Prometida (Jos. 3-4). El “desierto” (Os. 2,16-17) es la gestación de un parto;

simboliza también el regreso de los exiliados de Babilonia, a través de los parajes áridos de Arabia hasta el Jordán (Jer. 16,14-15); igualmente, según la tradición judía, el desierto – donde habita el Profeta Juan – es precisamente el lugar del rapto de “Elías” al cielo (2 Reyes 2,1-18), cuyo rol de “precursor” asume ahora el Bautista (Lc. 1,16-17). Hasta el tipo de vestido y el alimento de Juan son un signo kenótico de una vida en el desierto. En resumen, Juan nos invita a entrar al definitivo comienzo que antecede el amanecer de Cristo Señor.

¿Cómo realizar esta misión? Por la conversión interior, enderezando los “senderos” y dando “frutos” de justicia y solidaridad en la vida concreta. Por la austeridad y coherencia de un estilo de vida en pobreza, que se desprende de las vanidades mundanas y se abandona en Dios. No de forma espectacular sino por el abajamiento que corresponde al profetismo, hasta el martirio.

Por el bautismo “para el perdón de los pecados” (Mc. 1,4), dando a entender que ya no basta el culto sacrificial del templo sino la autenticidad del corazón. En el Jordán, aguas vivas que corren y purifican, se prefiguran el fuego y el Espíritu Santo que traerá la novedad del bautismo en Jesucristo (Jn. 1,33).

En conclusión, si quisiéramos definir a Juan, el Bautista, con una sola frase sería “profeta de fuego”, todo él es pasión por Dios y verdad de vida. Él sabe que su misión es provisoria, es sólo una voz. Juan veía, como raíz de la crisis de Israel, la rebeldía contra Yahvé, la contaminación de la fe personal e institucional. Además, tiene conciencia de ser la última oportunidad, el último profeta, que no hay otra salida que comenzar de nuevo. En el fondo de sus convicciones, como base de su profecía, está la fidelidad a la Alianza, que él define como la “cercanía del Reino de los cielos”; es decir, el señorío de Dios sobre la historia, la búsqueda de la existencia como esperanza florecida, la conquista del gran Shalom que, finalmente, abrace a todo hombre y mujer y a la creación entera.



ILUMINACIÓN DESDE ESTE NUEVO TIEMPO DE UNA IGLESIA SINODAL

Dejémonos ahora iluminar por el número 47 del Documento Final “Por una Iglesia Sinodal: comunión, participación y misión” que alarga nuestra visión del profetismo social para nuestro tiempo.

La sinodalidad como profecía social

47. Practicado con humildad, el estilo sinodal puede hacer de la Iglesia una voz profética en el mundo de hoy. “La Iglesia sinodal es como un estandarte alzado entre las naciones (cf. Is. 11,12)”.

Francisco, Discurso para la conmemoración del 50 aniversario de la constitución del Sínodo de los Obispos, 17 de octubre de 2015.

Vivimos en una época marcada por el aumento de las desigualdades, la creciente desilusión con los modelos tradicionales de gobierno, el desencanto con el funcionamiento de la democracia, las crecientes tendencias autocráticas y dictatoriales, el dominio del modelo de mercado sin tener en cuenta la vulnerabilidad de las personas y la creación, y la tentación de resolver los conflictos por la fuerza en lugar del diálogo.

Las prácticas auténticas de sinodalidad permiten a los cristianos desarrollar una cultura capaz de profetizar críticamente frente al pensamiento dominante y ofrecer así una contribución distintiva a la búsqueda de respuestas a muchos de los retos a los que se enfrentan las sociedades contemporáneas y a la construcción del bien común.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN ORANTE

En actitud orante, una vez que hemos reflexionado la Palabra de Dios y el Texto Final Sinodal, preguntémonos:

¿Cuáles serían las características del profetismo bautismal al que estamos llamados(as) en la Iglesia y el mundo de hoy?

¿Cómo me cuestiona este profetismo, personal y comunitariamente, en mi vida diaria y en la misión a la que estoy llamado(a)?

ORACIÓN FINAL

Mi Señor, ayúdame a decir la verdad
delante de los fuertes,
y a no decir mentiras
para ganarme el aplauso de los débiles.
Si me das fortuna, no me quites la razón.
Si me das éxito no me quites la humildad.
Si me das la humildad no me quites la dignidad.
Ayúdame a ver la otra cara de la medalla,
no me dejes inculpar de traición a los demás
por no pensar igual que yo.
Enséñame a amar a la gente como a mí mismo.
No me dejes caer en el orgullo, si triunfo;
ni en la desesperación, si fracaso.
Enséñame que perdonar es signo de grandeza
y la venganza de bajeza.

¡Señor, si me olvido de ti,
Nunca te olvides de mí!

Mahatma Gandhi

GESTO SINODAL

Como gesto conclusivo de esta reflexión orante podrías escribir, alrededor del nombre o una imagen de Juan el Bautista, los nombres de aquellos(as) que tú consideras profetas – mujeres y hombres – de hoy (mejor si tienes algunas fotos o pinturas). Mientras se puede entonar un canto como “Danos un corazón grande para amar” (<https://youtu.be/ZtN2eaNP4qk>) y decir unas últimas frases de gratitud, en comunión sinodal con toda la creación, por lo que Dios ha sembrado en tu corazón. Amén.

Comisión Espiritualidad Sinodal del Consejo Episcopal Latinoamericano y Caribeño (Celam)

Ingresando podrá ver y descargar
los videos de reflexiones sociales
para el Adviento



Visite <https://sinodo.celam.org/>

